

Fíjate qué piernas. Mira
qué manos. ¡Uy, cómo estira
los brazos ¡irá á aplaudir!

EMILIA (*con maticia*)

Parece un señor muy serio
que escribe en el ministerio
¡qué señor para escribir!

CLAUDIA (*fijando su atención en las manos
de Emilia*)

¡Ay, qué bonita muñeca!
Con razón estás tan hueca.
¿Te la dió tu papá?

EMILIA

Sí,
como he sido bien portada
en la escuela, hoy acostada
la colocó junto á mí.

CLAUDIA (*mostrando codicia*)

¿Me la prestas un ratito?

(*tomándola*)

¡Qué encantador el hoyito
de la barba! ¡Qué nariz!
¿Y la boca? ¡Primorosa!

(*con envidia*)

¡Ah viejilla tan dichosa!
¡Mira que tú eres feliz!

Entra Luz corriendo, con aspecto muy alegre, llevando en sus manos una jaula con un pajarito dentro, y exclama:

LUZ

¡Muchachas, á ver quien tiene
un regalo mejor! viene
este pájaro cantor
á complacer un antojo
de mucho tiempo; si cojo
otro en la jaula ¡ah señor,
me haré loca de alegría!

CLAUDIA (*dejando la muñeca en manos de
Emilia y acercándose á Luz*)

¡Qué bonito! Apostaría
que te lo dió tu mamá.

EMILIA

Si mi madre lo supiera
¡cuánta tristeza la diera!
Nunca quiere permitir
que á los bellos pajaritos
se les coja ¡pobrecitos!
y se les haga sufrir.

CLAUDIA (*con viveza*)

¿Y por qué? ¡No es un pecado
tenerlo tan bien cuidado!

(*asomándose á la jaula*)

Aquí tiene qué comer;
él cantará cuanto quiera...

LUZ (*interrumpiendo*)

Y en una gran pajarera
muy pronto lo he de poner.

EMILIA (*con dulzura*)

Así pensaba yo un día
que me regaló mi tía
con un canario, y mamá
me dijo al verlo en mis manos:
«Si á alguno de tus hermanos
ó tal vez á tu papá
lo encerraran ¿Qué dirías
viendo trascurrir los días
sin volverlo nunca á ver,
aunque supieras que estaba
muy cuidado, y le sobraba
en su prisión qué comer?»

LUZ (*enterneciéndose*)

¡Deveras Emilia! ¿Sabes?
¿Qué dirán las pobres aves
que á ésta quieren con afán?

CLAUDIA (*también conmovida*)

Tal vez la estén esperando,
y nunca más la verán.

LUZ, abre resueltamente la puerta de la jaula, cerca de la ventana para que pueda irse el pájaro, y habla:

Dejémosla ir ¡pobrecita!
que se vuelva á su casita
á llevar felicidad.

EMILIA (*mirando complacida
el pájaro que se va*)

Y que nunca en sus canciones
olvide los corazones
que le han dado libertad.

(*Se abrazan las tres, y salen del cuarto
dejando la jaula abandonada allí*)

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

La Justiciera

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo, fué un déspota fanático y san-

guinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia á hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón. Cuando conoció las